

Clara Parra T, Paulina Daza D y Marcia Martínez C. *INFANCIAS Y LECTURAS: EL PENECA EN CHILE E HISPANOAMÉRICA*. Valparaíso: Provincianos Editores, 2023: 200 pp.

Hay en la lectura de esta obra hallazgos que deseo mencionar. Primero, el acceso al conocimiento y la valoración de una producción escrita de la que la crítica no se había hecho cargo. Segundo, la revisión exhaustiva que propone en torno a *El Peneca*, en lo que refiere a su momento de producción y el rol que ocupó dentro de la cultura del país y del Continente. Tercero, la investigación misma, que es una provocación de lectura y un modo de reelaboración de la memoria cultural latinoamericana.

Sobre el último aspecto se hace indispensable señalar algunas cosas. En torno a la lectura, Beatriz Sarlo, dice que ésta

opera como una máquina del tiempo que hasta hoy no ha igualado ninguna otra máquina: bajo la forma de página impresa o de pantalla de computadora que imita o perfecciona la página impresa, están el mundo que fue y el mundo que es. Hasta hoy, nuestra cultura es visual y escrita... Es indiferente el soporte material de la lectura: ¿una página impresa, un microfilm, la pantalla de una computadora, un holograma? En el límite, todos exigen esa capacidad infinitamente difícil: interpretar algo que ha sido escrito por otro. Leer es, siempre, de algún modo, traducir (1997: 138).

*Infancias y lecturas*: *El Peneca en Chile e Hispanoamérica* opera, según mi parecer, con este mecanismo de lectura descrito por Sarlo. El mundo que fue y el mundo que es se entrelazan en el trabajo realizado por las autoras de modo tal que no podemos sino apreciar una operatoria basada en la traducción. Traducir o leer aquello que fue con los ojos del presente y desde el presente intentar aprehender el pasado. Una traducción cultural. Sobre el libro que nos convoca se puede afirmar esto, que consolida el acto de leer como traducción, una máquina del tiempo desde la que se observa y lee o interpreta el mundo que fue y el mundo que es, dos instantes que toda lectura convoca.

El trabajo de revisión, acumulación y seguimiento que transpira este libro demuestra precisamente esa dimensión del ejercicio de leer. Hay un recabar información variada: primero, la revista misma, el documento; luego, el testimonio, el registro de lectura de quienes accedieron al *Peneca* y que desde su presente rememoran la importancia que tuvo en sus vidas, pero también cómo esa experiencia de lectura se

proyectó a sus infancias y, sin duda, a sus presentes; luego, un leer todo aquello, el material mismo, las experiencias y el proceso de instalación del *Peneca* en la cultura chilena y latinoamericana de aquellas décadas. Este doble trabajo articula en el libro un acto de leer con la experiencia y/o cultura del presente un pasado y/o cultura que fue experiencia de niñez.

El corpus sobre el que se levanta es amplísimo, una sumatoria de números de la revista, desde sus orígenes y pasando por las diferentes direcciones editoriales que tuvo a su cargo. Es posible advertir los momentos más relevantes de la publicación y cómo ésta fue tomando diversos caracteres, sin perder de vista la formación de audiencias lectoras que se relacionaban con creaciones literarias en las que la dimensión estética de lo leído estaba presente. Leer literatura u obras de diferente acento literario hizo que para esas generaciones de lectores y lectoras la experiencia de la lectura fuese un modo de recrear la infancia y la lectura, un modo de experimentar el mundo y la vida. *El Peneca*, tal como señalan las autoras, operaba en “el plano de la entretención y el placer estético” (105). Hizo de la lectura un “ritual que transforma temporal y permanentemente a sus comunidades lectoras, considerando factores temporales, de lugar y quién las efectúa” (82). Desde esta perspectiva, la máquina de leer con la que han abordado el estudio del *Peneca* podemos distribuirla en, al menos, dos dimensiones.

Primero, al releerla desde la actualidad, con los elementos ya mencionados, se instala la lectura como acontecimiento. Asumir la lectura como acontecimiento “permite involucrar en esta concepción la relación espacio-tiempo de las prácticas de lectura, la agencia corporal de la lectura (no solo la intelectual) así como la imaginativa, el desarrollo de afectividades y sociabilidades ligadas a la construcción de memorias individuales y colectivas” (78).

Sobre este aspecto cabe enfatizar. La lectura se experimenta con el cuerpo y lo que las autoras hacen en la operación de lectura del *Peneca* es precisamente esto, entender y aceptar que estas prácticas de lectura asociadas a la revista pasaban por una experiencia que implicaba e implica sensaciones, afectos y rememoranzas en aquellas audiencias. Y al concretizarse esta experiencia se consolida en la lectura de *El Peneca* una *forma de relación con el lenguaje*. O sea, en la experiencia de la lectura de las diversas comunidades a las que la revista apeló, se manifiesta, mediatizado por la entretención y el placer estético, una relación con el lenguaje. Así dicho, en esa experiencia de lectura que la revista propuso

no es tan relevante qué se lee (en tanto contenido) como la manera en que se construyen las relaciones con el lenguaje —o mejor—, con los lenguajes que en este caso la revista exploró y puso en relación. Observamos que las experiencias de lectura reconstruidas en las escenas que las comunidades realizaban en familia, en grupo, a puerta cerrada o a escondidas, fueron prácticas culturales que se afianzaron en la modificación de la realidad para cada lector. De este

modo, la lectura devino rito en tanto se constituyó dentro de un orden y sentido comunitario que irrumpió en la vida cotidiana transformando y desarmando de una vez por todas la dicotomía literatura (lectura)/vida, para ser literatura vivida en la liminalidad, pues los lectores y las lectoras de *El Peneca* asumieron sus propias y diversas prácticas de lectura como un hacer con el lenguaje verbal (oral y escrito) y también visual. La lectura es, entonces, un ritual que transforma temporal y permanentemente a sus comunidades lectoras, desde las perspectivas de cómo se realiza, cómo se utiliza el espacio y quién la efectúa; cuáles fueron sus dinámicas de cambio; cómo se vivió y se vive su experiencia, y, especialmente, qué función tuvo en la conformación de la comunidad y sus lectores (82).

De la cita anterior sólo es posible que derivemos a la segunda dimensión de aquella máquina de leer que yo mencionaba al inicio. Lo que hace este libro es instalar en la actualidad una revista que parecía parte únicamente de un pasado, un pasado perteneciente a quienes interactuaron con la publicación, generando ahora la necesidad de poner en circulación en la tercera década del siglo XXI una revista que había quedado a medias olvidada. Al hacerlo, ejecutan las autoras una acción provocadora, el tener que hacernos cargo de un pedazo de nuestra cultura, es decir, tomar un cuerpo literario algo escindido del acontecer cultural chileno y latinoamericano y revisitarlo desde nuestra contemporaneidad. Al efectuar esta operación se realiza, por añadidura, un ejercicio de memoria, pues necesaria e inevitablemente, en la lectura de la revista hay un tiempo del presente jugando con el pasado y viceversa. Visitar *El Peneca* en el siglo XXI es poner en tensión temporalidades que se cruzan para leer y construir algo sobre el porvenir. Como “señaló Deleuze a propósito de Bergson, el tiempo *propio* del recuerdo es el presente: es decir, el único tiempo *apropiado* para recordar y, también, el tiempo del cual el recuerdo se apodera, haciéndolo *propio*” (Sarlo, 2005, 9). La memoria no rescata, por tanto, el pasado, no puede, la memoria es un ejercicio del presente para el porvenir y toma, rescata, selecciona un pasado que no es, que nunca puede ser. Hacerse cargo de *El Peneca* apunta en esa dirección. Hay un ejercicio de memoria y con el que se aproxima a la conformación o, más bien, ampliación de un archivo cultural chileno y latinoamericano. El archivo, sí, pero siempre y cuando lo comprendamos bajo la óptica de que “el archivo no remite al pasado (pues), ante todo, (conciérne) al mañana y su promesa, ya que es solo en el porvenir donde, quizá, sabremos lo que el archivo habrá querido decir” (Tello, 44). *El Peneca* es parte, gracias a este libro, del archivo cultural. El archivo, por cierto, como señala Tello, siguiendo a Derrida, no es una cuestión pretérita (44). Así comprendido, el archivo es irreductible, tal como rescatar *El Peneca* implica una operación de lectura o de traducción de un tiempo cultural a otro, como ejercicio que articula una memoria diferente, siempre en transformación, reelaboración pura.

En definitiva, de lo que se trata es de traer *El Peneca* a la tradición cultural chilena y latinoamericana para hacer de la cultura, la nuestra, una riqueza nueva que no se limita ni encierra en las huellas que de ella han construido la identificación de otras tradiciones como únicas y verdaderas. Lo que quiero decir es que al ejecutar este ejercicio que hoy nos convoca nos encontramos en presencia de la reelaboración o relectura de la cultura y la memoria del país y del continente. Abordar sistemáticamente *El Peneca* a través de las seis décadas en las que circuló es darle al ejercicio lector, tan escaso en el Chile actual, una impronta y dignidad que bien vale la pena imitar. Y por lo mismo, supone darle a la lectura literaria dignidad. *Infancias y lecturas: el Peneca en Chile e Hispanoamérica* levanta la lectura en cuanto ejercicio permanente, sea para la niñez o para la adultez, lo convierte en un referente de reelaboración del sujeto lector, pero también de la nación que lee y se construye en el ejercicio, configurando con esto una memoria cultural, una identidad que se recrea en la reflexión de sí misma. Al leer los testimonios que registra el libro de diferentes lectores y lectoras se observa que quien lee y recuerda lo que leyó, se hace a sí mismo o misma como sujeto que reflexiona su pasado desde el presente y el presente desde el pasado recordado.

Por lo mismo, vale la pena cerrar estas líneas con unas palabras de Tzvetan Todorov:

“de todas las huellas dejadas por el pasado elegiremos retener y consignar sólo algunas, juzgándolas, por una u otra razón, dignas de ser inmortalizadas” (23).

## BIBLIOGRAFÍA

- Sarlo, Beatriz. *Instantáneas: medios, ciudad y costumbres en el fin de siglo*. Buenos Aires: Ariel, 1997.
- . *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2005.
- Tello, Andrés Maximiliano. “Una archivología (im)posible. sobre la noción de archivo en el pensamiento filosófico”. Síntesis. *Revista de Filosofía*. I (1) (enero-julio 2018): 43-65.
- Todorov, Tzvetan. *Los usos de la memoria*. Santiago: Museo de la memoria y derechos humanos, 2013.

Daniel Plaza  
Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación